

Mas sobre coplas anónimas

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Los estudiosos de la sabiduría popular colombiana, o folcloristas —vocablo ya con ciudadanía académica— diéronse un tiempo a sostener, con argumentos copiosos, una polémica, sobre los orígenes ciertos de coplas, mitos, leyendas, costumbres, etc.; cuando estas modalidades “demosóficas” —(pidió llamarlas así un alto historiador y lingüista)— se dan como yerbabuena en solar.

Dentro de esa cuerda, se discutió largo y tendido sobre si la guabina era antioqueña, santandereana o tolimense; sobre si el bambuco nació en el altiplano, o en los valles del Cauca o del Magdalena; finalmente sobre si la humilde copla campesina es una manifestación exclusiva de lo nacional, o tiene fuentes que llevan al romancero y a los cancioneros ibéricos.

Ya Antonio José Restrepo —el *Ñito* familiar de los de su raza— en famoso discurso sobre *La poesía popular en Colombia* (20 de julio de 1911, en la Academia Colombiana de Poesía) había planteado el problema, que sagazmente resolvió con la cita de unas coplillas, recogidas por andurriales y de labios que no eran precisamente “de todo el maíz”. Para él, que gustaba de armar “tenidas” con tipleros y copleros donde los encontrara, ya en las minas de Titiribí, en Pasto, o en Casanare, sería cosa de remover “todo el suelo de España y de América, donde esas coplas se han cantado, quién sabe cuántos años ha, y aun así no daríamos en parte alguna con el autor y autores que acoplaron tan donosamente esos versos”. Y si es imposible fijar la raíz de la copla en nuestros conquistadores y colonizadores, menos posible resulta devolverle a cada región patria lo que el viento sacó de sus linderos y asentó en tierra extraña pero igual de fecunda. De razón que el personaje rómulo-galleguino de “Cantaclaro” fuera diciendo por sus llanos:

*Ah malhaya quién pudiera
con una soga enlazar
este viento que se lleva
lo mejor de mi cantar !!!*

En cuestión de *cantas*, como en la de filiación, la línea más segura es la materna; vale decir que las únicas coplas que podrían aspirar a una prueba extra-juicio serían aquellas que recogen, de uno u otro modo, características geográficas indiscutibles; porque las otras, la mayoría, son y seguirán siendo paradójicamente —¡a mucho honor! de padre desconocido, y por ello seguirán oyéndose aquí y allá, en boca de campesinos, en el aire libre de los plantíos, bajo las ramadas donde hierve el guarapo, mientras con el verso de Pombo cada quien va diciéndose: “eso lo compuse yo”, lo cual es una manera encantadora de ser padre y madre del viento y el paisaje.

Interesante sí sería refundir en un gran *cancionero* colombiano las centenares de coplas de las recopilaciones regionales, precedido de un estudio comparativo completo, no solo de los nexos indudables entre —por ejemplo— las coplas santandereanas, las antioqueñas, y las caucanas, etc., sino entre estas y las españolas y las americanas en general: ardua y dilatada tarea, como para un equipo completo de investigadores regados por el territorio nacional, con todos los elementos técnicos del caso: cosa de años para una obra completa.

Este modesto esbozo comparativo en manera alguna pretende sentar dogma: lo informa apenas la intención de señalar un proceso de interculturación, de abajo hacia arriba, como la savia en el árbol, imperceptible, pero que podría obrar como uno de los mejores y más eficaces factores con miras a la unidad nacional tan deseada por los sociólogos y tan dificultada y aun desmentida por esos accidentes de bulto en que es pródiga nuestra geografía.

Para esta fugaz comparación de unos cuantos *cancioneros* regionales tomados al azar precisa un corto preámbulo en orden a seguir las mismas rutas que siguieron las coplas antes de llegar a las fibras más hondas de lo popular.

El camino de las *cantas* y coplas obviamente es el mismo de los conquistadores: Rudos andaluces, vascos, castellanos, navarros, extremeños, etc., semi-analfabetos, y sin el semi —traían en la memoria partes integrantes del folclor nativo, como refranes, coplas, leyendas, mitos, supersticiones, etc., junto con versos cultos, seguramente no de los mejores sino los de rima fácil, y que intercambiaban entre sí en los momentos de reposo que dejaba el cotidiano trajín. Hasta allí el primer hito, suficiente a la sequedad castellana para empaparse de la alegría picaresca, seudofilosófica y pseudo mística, de los andaluces, por ejemplo.

El segundo jalón se planta cuando, pasada la fiebre del oro, los peninsulares vieron ya un tesoro más seguro en las tierras de pan-llevar que en las penosas marchas tras un quimérico Dorado que les consumió las entenderas a don Gonzalo Jiménez de Quesada y a otros capitanes tan ambiciosos como él. Se asienta, pues, la colonia, con sus encomiendas, oidores, reales alféreces, damas tañedoras de vihuela y mozos que a falta de otro oficio, turban la paz de las noches con los requiebros de una serenata. Mientras tanto, en los interiores, algún Adelantado o cura-soldado ensayaban la péñola a la manera de Góngora, Quevedo, o Garcilaso.

En la taberna, alguno que vino a *hacer* la América, bien casado “con fembra placentera” y podrida en doblones, o bien siendo valido de capitán fortunoso —cosas ambas de la suerte— suspiraría sus fracasos, vería entre sueños el pueblecito feliz, la madre ausente, y soltaría aquello de

*Marinero, sube al barco
y díle a la madre mía,
que si se acuerda de un hijo
que en la América tenía.*

Y como donde no hay el *din* no otorgan el *don*, el mozo ese, con otros cientos, se terciaba la capa y se iría con su música y sus coplas a otra parte: que de esa guisa caminaban entonces hombres y canciones. Pero al lado del nomadismo libre iba otro, esclavo y ladino, que al alar del amo o ama, había ido aprendiendo trozos de sabiduría medieval y los soltaba entre la negrura de una mina para sorpresa y asombro del cura doctrinero por cuyo magín no pasaba de dónde diablos había sacado el de Angola lo de

*De un San Agustín la pluma,
de un Carlos Quinto el poder,
de un Rey David la fortuna,
de un Salomón el poder.*

Pero como de todo tiene la viña del Señor, su asombro no paraba allí, pues ahora era un indio de la encomienda el que otro día le espeta, entre salamero y burlón:

*Vide un entierro pasar;
pregunté quién se murió,
y el cura me respondió
el que llevan a enterrar.*

De una pieza se iba quedando el señor doctrinero, y de otra cuando trasladado a distante misión, allá se encontraba con casos y cosas que le dejaban en la boca un nostálgico sabor de canto añejo, ya bebido y paladeado en Madrid o en cualquier otro lugar de las Españas. Era como si el romancero también hubiera hecho conquista y pedido después encomienda para arremansarse en los labios tristes de la indiada y en los carnosos y sensuales de la negredumbre. —¡Santiago y cierra España!— que el *seor* cura oía hasta en los arrebatos y entusiasmos de la chiquillería, repitiendo con voces argentinas lo mismo que él había gritado o cantado en los *corros* de la plazuela peninsular:

*Doña Ana no está aquí,
doña Ana está en Belén,
abriendo la rosa,
cerrando el clavel.*

Y después, cuando cansado de catecismos y de pláticas, iba a buscar el patio aireado de una casona de pro, junto al brocal del pozo fresco, la Madre España salía a recibirlo amorosa por boca de la dueña que, acompañada de vihuela, dejaba escapar la nostalgia que llevaba dentro, porque, pretendida por algún criollo o algún compatriota, enlabiadores pero sin blanca, hubo de capitular en los brazos de un oidor, vejete puntilloso. Y por eso así suspiraba:

*Si el mar se volviera tinta
y los peces escribanos,
no alcanzaría a decirte
lo mucho que yo te amo.*

¿Por cuáles al parecer desconocidos caminos fue a dar exactamente la misma copla, pongamos por ejemplo, a la costa caucana del Pacífico? ¿Y por qué se la escuchaba también en Boyacá y los Santanderes? ¡Averígüelo Vargas! Pero de todos esos rincones sale fresca, viva, como el primer día que fue cantada en tierras americanas, entrando en el gran proceso de fusión por lo bajo no menos que por lo alto, basada en lo único que realmente común tenemos los colombianos: el idioma.

Quieta y patriarcal y aunque no en gran medida, la colonia propició ese desarrollo de la unidad: indios y doctrineros, negros y esclavos, fueron sus vehículos. Porque por lo demás los desplazamientos inter-regionales eran muy escasos, limitados casi tan solo a cambios burocráticos, posesión de nuevas tierras, labores mineras. Y tal vez por ese enclaustramiento forzoso, cada región siguió creyendo que las coplas que brotaban en las reuniones, de las eras o de los socavones, eran de su única y exclusiva pertenencia por invención. Nadie sabía ni quería saber que a pocos o muchos kilómetros de distancia se oía la misma *canta* con ninguna o con pocas variaciones.

Y tuvo que llegar un catalizador histórico, como lo fue la revolución de la independencia, para marcar el tercer hito. Grandes masas humanas entran en acción y son desplazadas de sus lares nativos, de sus lugares de origen. El neogranadino se comunica no solo con sus coterráneos sino con gentes tan desconocidas para él como las venezolanas, ecuatorianas, peruanas, bolivianas y hasta argentinas y chilenas. La transculturación adquiere un ritmo acelerado. Se entienden y fraternizan la expresión genérica y la regional de la poesía popular. La copla, la leyenda, el mito, ya teñidos y sazonados de americanismo, se congregan; y una vez terminada la aventura y gesta libertadoras, tornan a disgregarse.

El soldado que guerreó en Ecuador, Perú, Bolivia, Venezuela, al regresar a sus lares, va llevando impregnaciones y recuerdos de los contactos hechos; pero a su vez en el retorno fue dejando mucho regado que habrá de incorporarse al folclor de otras naciones. Por eso no es raro encontrar en las coplas colombianas referencias a lugares y sucesos que están más allá de las fronteras y viceversa.

Demasiado largo resultaría enumerar las similitudes entre lo folclórico americano y lo folclórico peninsular; entre el *cancionero colombiano*

y los de las repúblicas hermanas. Con un ítem más; el de las relaciones, ya en el campo del mito, entre lo español y lo indígena, relaciones que darían por resultado entronques universales quizá no demasiado difíciles de rastrear.

Reduciéndonos al campo de las *cantas*, concretado a las regiones de Colombia, volvemos a hallarnos ante el hilo común que, a manera de cordón umbilical, nos lleva a España, al origen que hoy ha cambiado mucho, pero no hasta el punto de borrar la fisonomía reconocible. No es cosa al solo alcance de eruditos la hispanidad de esta copla caucana, una entre centenares:

*De la peña nace el agua,
de los páramos el viento,
de los ojos de mi niña
sale todo el firmamento.*

que tiene su correspondencia en Santander donde los campesinos concuerdan sus amores —no muy santos en veces— con los píos destellos de las “cantigas”:

*De la peña sale el agua,
de los árboles el viento,
de tu boquita y mi boca
sale todo el firmamento.*

Como bien se ve, los cambios son de poca monta; pero en la caucana, seguramente por haber tenido su origen en regiones altas y frías, entró el componente geográfico del páramo, mejor factor de viento que los árboles de la santandereana.

De Nariño, del Cauca, de Antioquia, etc., pueden recogerse muestras tan hispanas como aquellas que empiezan: “Esta noche es nochebuena...”, más conocidas que la verdolaga, como que a cada paso se repiten en todos nuestros cancioneros. Pero quizá hay un detalle de más importancia en el hecho de que los cancioneros del altiplano hablen de velas marinas, olas, barcos y puertos que, como Cartagena y Santa Marta, tuvieron en su apogeo durante la Colonia y buena parte de la República. Ello solo prueba bien claro su origen, y no es menester ponerle mucho énfasis al asunto.

Lo que sí tiene importancia capital es el genio inventivo popular que al tomar esos materiales los transformó para expresar vivencia que no tenían: un pueblo, un gentilicio, un accidente geográfico, y desde luego, las leyes universales del amor, el odio, la sátira, la burla. En estos sentidos sí puede hablarse de una copla genuinamente colombiana, pues, v. gr. quién puede dudar de esta que trae todos sus pelos y señales:

*En los llanos del Patía
me armaron mi buena zambra;
hubo que aventar machete
pero cargué con la zamba.*

o de esta otra, con su tonelada de intención, aunque ya tienen cierta novedad por un cambio de metro y tono de vehemente sabor peninsular clásico:

*Una mujer me dijo
en Salamina:
¿cuándo va por el chino
que ya camina?*

¿Y quién no recuerda nuestras contiendas civiles y sobre todo la Convención de Ríonegro, cuando oye en cualquier parte esta copla que en su tiempo debió ser político-blasfema con algo de sinapismo:

*Viene López, viene Obando
viene el general Payán,
vienen tantos generales
que hasta los diablos vendrán!*

Pero pasando ahora a penas de amor, a ese *arder en vida* de los poetas, la sabiduría popular, aquí como dondequiera, tiene sus peculiares formas expresivas, elementales, pero tan exactas como las que pueda exigir un soneto, y aun más; si no, veamos este otro botón del muestrario caucano:

*Puñal que me hiere el alma,
puñal que clavado está,
puñal que me está matando,
puñal que me matará.*

Pudiera argüirse que el puñal es tan caucano como las ñapangas y la chirimía; pero de las breñas santandereanas sale un mozo más explícito que entre golpe y golpe de guabina le engarza a la resistida o a la indiferente esta reticencia suspirada y deprecatoria:

*Míre que me pisa un pie,
míre que me está pisando,
míre que su amor me mata,
míre que me está matando.*

Como no todo ha de ser rigor, el galán puede dar con otra menos desdeñosa o más "amiga de hacer favores" como la Lolita de Catalayud, a quien decirle:

*Hacete la que te vas
y esperame en el chamizo
si con la boca no te hablo
con la mirada te aviso.*

Eso en el Cauca de Mosqueras y Arboledas; porque lo que es en el Santander de Galeanos y de Duartes, el asunto tiene menos vueltas, aunque siempre vaya a dar "a lo mismo", como dicen ellas:

*Esta noche voy a verte,
dende agora te lo aviso:
si la puerta es chirriadora,
untale jabón al piso.*

Pero en asuntos de malicia, trabajoso ganársela a un boyacense, pues tiene para repartir de esa que han dado llamar “malicia indígena” sin que a fondo se sepa por qué; pues lo que menos tenían los indios era malicia, que acabaron por aprendérsela a soldados y blancos de espejitos y joyas de vidrio basto y oricalco, muy dignos de sus abuelos de la picaresca. Viene tangencialmente al caso la memoria de una *canta*, seguramente originada e inspirada en la inestabilidad de que gozó el país cuando los *cuartelazos* y *sargentonazos* se daban jueves y domingos:

*Mi china me la robaron
cuando la revolución
y después, en tiempo frío,
me robaron otras dos.*

Solo que tal copla se oye también en los llanos del Tolima; como también se oye la que se lamenta y aclara lo de que

*Decís que no querés
porque no te he dado nada:
acordate de la muenda
que te dí a la madrugada.*

La misma que como santandereana figura en las recopilaciones de ese departamento, pero con variación en el último verso, pues el *chilingo*, menos manilargo que el *tolima*, en vez de *una muenda* lo que le obsequia a la quejumbrosa es “un beso a la madrugada”, cuestión de gustos, ya que los temperamentos se igualan en brotes impulsivos.

En suma, como lo dejó dicho Antonio José Restrepo, y volviendo al punto de partida, puede afirmarse sin riesgo de contradicción vencedora, que todo lo que tenemos por acá en la materia esbozada es español, muy español y nada más que español: no en el sentido de que todo nos haya venido de España ya hecho y en boca de conquistadores y colonos —lo que no sería cierto— sino en cuanto esos nuestros cantos populares, esa nuestra poesía natural, como la llamó Cervantes, que anda como el viento, por todos los ámbitos de la nación y rezuma por todos los resquicios de la entraña popular, y que a título de vernácula forma parte no escasa de nuestro matalotaje en la vida integrada de la patria colombiana, se ha venido formando, en el transcurso de los tiempos, por el concurso de todas las razas y regiones, pero en la lengua castellana y nada más que en ella, aprendida por indios y negros, triunfante al fin como señora y madre, y magnificada quizás al ensancharse en amazonas de belleza por estos continentes del asombro.